# GALÉRIA,

## TRAGEDIA

## EN CINCO ACTOS

POR D. PEDRO FUEN-MAYOR

Y LA FUENTE.

---

SEVILLA:

POR LA VIUDA DE VAZQUEZ Y COMPAÑIA.

## ACTORES.

GALÉRIA VALÉRIA, *Viuda del Emperador Galério.*
DIOCLECIANO, *Padre de Galéria Valéria, quien habia abdicado el imperio en Galério.*
MAXIMINO, *Emperador y sucesor de Galério.*
ARICIO, *confidente de Maximino.*
SERVIO, *antiguo General de los egércitos de Diocleciano.*
NAXILIA, *sirviente de Galéria.*
VINIO, *liberto de Maximino.*
NAXIO, *doméstico de Diocleciano.*
*Guardias de Maximino.*

*La escena es en un salon del Palacio de Servio en la ciudad de Antioquia Comágenes.*

# ACTO PRIMERO.

## ESCENA I.

GALÉRIA Y NAXILIA.

GALÉRIA.

Ya los peligros de este amigo alcazar
Nos arrojan tambien, Naxilia: en vano
Del Asia las regiones recorremos,
Que el mundo en nuestro triste desamparo
Un asilo nos niega: renunciemos
Todo lugar dó habite el hombre infausto;
Y en las fragosas sierras, dó se escucha
De la fiera el clamor, allí escondamos
Nuestra vida infeliz, quizá las fieras
Mas piadosas serán que los humanos.

NAXILIA.

Pero, Señora, ¿vagaremos siempre
Entre el temor, la angustia y sobresalto?
¿Siempre esclava de rígidas virtudes,
A una vida de horror, de eterno llanto
Así os condenareis? En vano quiso
La desgracia, tus dias amargando,
Ser vencedora de ellos, pues vos misma
Le disputais el triunfo sanguinario.

GALÉRIA.

¿Por qué, injusta Naxilia, así me culpas?
¿Cuándo me viste, cómplice del hado,

Contra una vida conspirar, tan triste,
Mas que con tanto afan he conservado
Cual si en la dicha y júbilo riese?
Desde mi cuna acostumbrada al llanto,
¿No me has visto ceder humilde y dócil
A mi destino, mi cruel tirano?
Cuando al esposo mas violento y duro
Me ayuntó por mi mal, amenazando
Mi agitado existir á todo instante,
La muerte á todo instante retratando
En su sombría faz y sospechosa
Las furias avernales; yo ocultando,
Desmintiendo mis lágrimas amargas,
Y mis sollozos, y mi horror y espanto,
¿No procuré calmar....?

NAXILIA.

Mas ya, Señora,
La muerte de ese monstruo os ha librado...

GALÉRIA.

Y yo le lloro siempre, amiga mia.
¿Que importa que mi vida amenazando
Violento me arredrase, si seguro
Mi honor tranquilo descansaba en tanto?
Y á su muerte, cayendo de mis sienes
La diadema imperial, me ves buscando
En la Grecia el apoyo de Licinio:
Allí mis atractivos despertando
De su lúbrico amor el fuego impuro,
La fuga es mi remedio necesario:
De Maximino la virtud me llama,
Su gloria es mi esperanza, y penetrando

De nuevo por el Asia dilatada,
Del bárbaro Licinio al fin me salvo.
Mas ¿quién pudo prever que Maximino,
De importunos amores abrasado,
Tambien á huirle me obligase en breve?
Ni que en persecucion así tornando
Sus afectos los dos, no me dejasen
Ni un momento tranquilo de descanso?

NAXILIA.

¿Mas del respetuoso Maximino
Por qué así huir?

GALÉRIA.

Naxilia, el desacato,
Los furores del bárbaro Licinio
A mi virtud no han sido tan contrarios,
Cual del tierno y modesto Maximino
El suplicante amor: él penetrando
Por mi sensible sorprendido pecho,
Conquistar supo un corazon incauto,
Que hasta entonces de amor la dulce llama
En su opresion no hubiera respirado.

NAXILIA.

¡Y por eso le huis!

GALÉRIA.

¿Pues qué, Galéria
Se olvidaria de su gloria acaso?
¿Ni la viuda de Galério entrara
En un lecho nupcial? ¿Yo dilatando
Escándalo y horror por tantos pueblos
Que á sus plantas cayeron conquistados,
Y aromosos inciensos hoy le queman,

Su grande alma hasta el Olimpo alzando;
En el oro preciado y la escarlata
Esta lúgubre túnica trocando,
De himeneo al placer me abandonára,
La fé de mi lealtad así olvidando?

NAXILIA.

¡Ah! si amor cual decís con tea ardiente
Hubiese tus entrañas abrasado,
Y de su omnipotente aguda flecha
Tu corazon se viera traspasado,
No así tan inflexible, y enemiga
De la dicha, amarias esos llantos,
Ni la felicidad sacrificáras
Á la sangrienta sombra de un tirano.

GALÉRIA.

Y aunque débil y torpe desoyese
La voz augusta del honor sagrado,
Aunque en un loco olvido sepultase
El precepto de un padre idolatrado,
Que desde su retiro silencioso
Nuestra fuga dictó con celo tanto,
¿Así á la tierna compasion cerrára
Mi corazon, Naxilia? No le es dado
Á este pecho de amor y de ternura
El bárbaro poder de arrancar llantos.
¡Yo de Julia el divorcio ocasionara?
¿Yo á Maximino entregaré la mano,
Y á su infeliz desventurada esposa,
Desde la elevacion del trono fausto
Derribaré con ella hasta el abismo
De la afrenta el oprobio y el escarnio?

¿Yo seré su dolor y su desdicha,
Su maldicion, su confusion, su espanto,
Y viviré gozosa?

NAXILIA.

Ved que Servio
De un estrangero viene acompañado.

GALÉRIA.

Pues huyamos, Naxilia.

## ESCENA II.

DIOCLECIANO Y SERVIO.

SERVIO.

¿Y es posible
Que torne á hablar mi venturoso labio
Á mi antiguo Señor, al hombre grande,
Que por el solo bien de los humanos
El trono conquistó del ancho mundo
Sin amar el poder; y desdeñando
La aclamacion de la postrada tierra,
Supo amar de natura los encantos,
Y de un retiro el plácido sosiego,
Tanto honor y poder abandonando;
Y supo....

DIOCLECIANO.

Todo, menos ser dichoso,
Ni seguir la virtud. Los fieros hados
Han tegido de crímenes y angustias
La vida del absurdo Diocleciano.
Ni la fastosa púrpura brillante,

Ni un tranquilo retiro hermoseado
De plantas y de flores inocentes,
De mi pecho infeliz jamas cerraron
Las heridas profundas, incurables,
Con que mi fiero error me ha destrozado.
Los dioses en su cólera implacable
En verme criminal se han deleitado,
A pesar de que adoro las virtudes.
¡O memoria! ¡ó Galério, horrible infausto!
Tú fuiste solo para oprobio mio,
Y para tanta afrenta y crímen tanto
Como mi triste corazon destroza,
Y para trasladarme los quebrantos,
Los horrores del Tártaro implacable.

SERVIO.

¡Galério! ¿qué decis? ¡El que elevado
Fue por vos desde el polvo al alto solio
De un mundo por tu esfuerzo conquistado?
¿El que obtuvo de vos á la inocente
Virtuosa Galéria, ha sido ingrato
A tanto beneficio? ¿Y es posible?

DIOCLECIANO.

Cuando yo puse en sus sangrientas manos
El laurel imperial y la hija mia,
Mi honor y mi razon ya le habia dado,
Todo se lo cedí. Por él, violento
Ensangrenté, cruel y temerario
Mi diestra paternal en una secta
Inocente y tranquila, que él malvado
La tornaba temible y sospechosa.
¡Ah, cual supo, en venganzas inflamando

Mi estúpida razon, envilecerme,
Mi nombre para siempre difamando;
Que la posteridad horrorizada,
Los mas distantes siglos indignados
No podrán referir sin maldecirle!

SERVIO.

Mas ¿por qué así correis precipitado
Tras los males pretéritos, y triste
Tanto aquejais vuestros postreros años?
¿Qué males os afligen al presente?

DIOCLECIANO.

¡Ah, mi esposa y mi hija! Yo he forjado
La copa odiosa dó los males beben,
Que les presenta el rigoroso hado:
Su destino ignorando he recorrido
Diferentes regiones; mas guiado
De falsas nuevas, no he logrado nunca
Hallarlas; pues huyendo á los tiranos
Su fuga ocultan de los hombres todos,
Y no me dejan de sus huellas rastro.
Quizá en este momento esten sufriendo
El horror del oprobio, y levantando
Los brazos al Olimpo poderoso
Execren al funesto Diocleciano,
Causa de sus desgracias horrorosas.
¡Ah! perdonad á este infeliz anciano,
Mi dulce esposa, mi adorada hija,
Que siempre vuestra dicha he deseado.

SERVIO.

Mas ¿por qué en la afliccion amais perderos?
Corred un velo á cuanto fue, libraos

De esos remordimientos destructores
Que así os agitan.

DIOCLECIANO.

¡O mi Servio caro!
Yo siento que ya el soplo postrimero
De la vida mi pecho está exalando.
A mis trémulos pies profundo se abre
Un sepulcro, y en él me está esperando
La destruccion, á mi agoviado cuello
Su lazo indisoluble destinando,
Y sus duras cadenas eternales.
¡Ah, que dulce me fuera, entre los brazos
Estrechar antes á mi esposa é hija,
Oyendo alegre de sus mismos labios
Que me perdonan sus desgracias todas,
Y que no me aborrecen! Ya no es dado
A mi torpe vejez correr activa;
No puedo mas buscarlas, no, desmayo.
Pero ¿será posible que mi Servio
Ninguna nueva tenga?

SERVIO.

Ya os he dado
La que sola adquirí, pues su destino,
Despues que de la corte se apartaron
De Maximino, me es desconocido;
Mas espero el placer de presentaros
A quien las logró ver.

DIOCLECIANO.

¡O dulce amigo!
Tú calmas mi dolor y mi quebranto.
Preséntamele luego. ¡Qué consuelo

Para el desventurado Diocleciano!
Yo veré al mismo que fijó sus ojos
En mi esposa y mi hija, y trasportado
Creeré verlas en él; pero decidme
Su nombre.

SERVIO.

No lo sé, pues un acaso
Me presentó á dos damas desvalidas,
Que tambien sufren el furor insano
De la adversa fortuna, condolido
Las ofrecí albergar en mi palacio;
Y aunque modestas ellas rechazaban
Mi oferta, sus deseos pretextando
De ocultarse de todos, yo importuno
Insistí, pues habia penetrado
Que tambien la indigencia las seguia,
Y su temor deshice.

DIOCLECIANO.

¡Cielos santos!
¡Tambien mi esposa y mi Galéria ocultas
Se desean librar de los humanos!
Mi corazon me las descubre, Servio.
Ellas son, ellas son: ¡ay! á mis brazos
No las niegues, ¿dó están? Mi dulce hija,
Redime con tu vista á un triste anciano,
Que sin tí....

SERVIO.

Mas, Señor, ¿qué estais creyendo?
Asi á vuestra ilusion abandonado
¿Olvidareis que á vuestra esposa Prisca
Muchas veces mis labios la han hablado,

Y no pudiera ser desconocida
Por mí jamas? Señor, no así engañado
En dos hermanas jóvenes esperes
Hallar vuestra familia.

DIOCLECIANO.

¡O desengaño!
¿Son dos hermanas jóvenes? El cielo
Se burla del amor de Diocleciano.
Ya palpitante el corazon y ansioso,
A un júbilo se daba ilimitado
Que nunca lograré, no.

## ESCENA III.

DIOCLECIANO, SERVIO Y ARICIO.

ARICIO.

Servio, el César
Aunque de oscuras nuevas informado,
Sospecha que Galéria con su madre
Se oculta en estas sierras. Á el Estado
Es importante la prision de entrambas.
Y os manda que sagaz, activo y cauto
Las hagais sorprender en su retiro,
Y le aviseis al punto. Confiadlo
Á quien mas conociere estos contornos,
Y á los que fuesen dignos......

DIOCLECIANO.

¡Qué he escuchado!
¿Pues quién pudo extender de Maximino
El poder reducido y limitado

Sobre esas dos personas tan sagradas
Que así persigue injusto? ¿Ya ha olvidado
Que han sido de sus Césares esposas?

ARICIO.

¡Qué profieres, caduco y loco anciano?
Así contra la púrpura blasfemo
¿Osas del César los preceptos sacros
Censurar? ¿Quién te ha dicho hasta dó llega
Su poder? Á los Dioses solo es dado
Un límite fijarle.

DIOCLECIANO.

Y ya le fijan.
Y ya le anuncian por el éco santo
Del destino, el honor y la conciencia.
Sí ya le gritan: pero sordo en tanto
El deslumbrado Maximino sigue,
Y se estrella en el crímen.

ARICIO.

¡Temerario!
¿Quién eres tú, que audaz así interpretas
La voz del cielo, á tu placer llevando
Esa censura loca al alto César?

DIOCLECIANO.

Y vos muy mas audaz, infame esclavo,
Ministro de los crímenes inmundos....

SERVIO.

Contempla, Aricio, á un respetable anciano,
Que amante del honor de Maximino,
Con sincero candor ha demostrado
El pesar que le afiige, cuando entiende
Que el César da una sombra á su honor claro.

Exponer la verdad de la experiencia
Á la anciana virtud fue siempre dado.

ARICIO.

Debe postrarse ante el augusto trono,
Sin levantar sobre él su vuelo osado.
Mas ya sabeis que el pérfido Licinio
Estrecha numeroso nuestro campo.
Él ha sabido seducir capcioso
Á varios campeones esforzados.....
Y yo veo el encono y la fiereza
De este anciano en la faz estar clamando....
Vos, que le disculpais de sus intentos,
Á Maximino responded.

DIOCLECIANO.

Mi labio
Responderá de mí, que no enmudece
Al aspecto opresor de los tiranos.

## ESCENA IV.

DIOCLECIANO Y SERVIO.

SERVIO.

¿Por que encendiendo su fatal sospecha,
Sufrir pretendes el furor insano
Del fiero, del vehemente Maximino,
Tan pronto á todo extremo arrebatado?

DIOCLECIANO.

De mi vida tan larga y desdichada
La conclusion debiera haber llegado.
En ansiedades su amargura eterna

Un ardiente deseo me ha inspirado
De la paz sepulcral, pues ya mis ojos
En la luz de la vida deslumbrados,
Solo las sombras de la tumba anhelan,
Y su silencio, y su eternal descanso.
Como el que de violentos egercicios
Y en una larga vela fatigados
Sus miembros todos, el favor demanda
Del sueño bienhechor. El sobresalto,
El temor es el mal de los dichosos:
Empero el infelice Diocleciano
En vejez abatido y en desdichas,
De su remordimiento destrozado
Ansioso espera de la muerte amiga
La tranquilizadora y dulce mano.

# ACTO SEGUNDO.

## ESCENA I.

DIOCLECIANO Y SERVIO.

DIOCLECIANO.

¿No habeis podido penetrar la causa
Que así ha traído á Maximino inquieto
A tu palacio?

SERVIO.

Yo, Señor, la ignoro;
Pero Lucinio parecía presto
Á combatir, sus huestes numerosas
Tal vez el cauto Maximino huyendo,
Atraerle á estas sierras escabrosas,
Que á los nuestros protejan, es su intento.
Mas vos, Señor, que en el alcazar mismo
Dó se hospeda habitais, y descubierto
Sereis sin duda en breve, huid prudente:
A vuestro asilo os retirad de nuevo.
¿Qué esperais ya de Marte entre las armas
En el ruido pavoroso y fiero?
Vuestra esposa tambien huirá medrosa
De estos lugares, al rencor funesto
De la guerra entregados.

DIOCLECIANO.

¿Y es posible
Que marche sin el plácido consuelo
Que me ofreció tu compasion amiga?

¿Partiré sin hablar á las que vieron
Á mi adorada hija y á mi esposa?
¡Ah! no te niegues á mi ansioso ruego.
Yo quiero oir las expresiones mismas
Que en su triste abandono profirieron
Esas dos criaturas adorables. (*)
Yo quiero desahogar el triste pecho
Con el suave llanto de ternura;
Ya que siempre me baña el que el despecho,
Y el dolor de mis ojos duro arranca.

SERVIO.

Señor, á vuestras súplicas ya cedo.
Las voy á proponer que se os presenten,
Su repugnancia y su temor venciendo.

## ESCENA II.

DIOCLECIANO, SERVIO Y VINIO.

VINIO.

Servio, el César os llama.

SERVIO.

Voy al punto
Á recibir del César los preceptos,
Y vos, Señor, en tanto, en esa estancia
Esperadme, que en breve torno á veros.

---

(*) *Galéria y Naxilia aparecerán entre bastidores observando la escena.*

DIOCLECIANO.

Pues mi inquietud te espera.

## ESCENA III.

GALÉRIA Y NAXILIA.

GALÉRIA.

¡Cuál nos burla,
Cuál nos burla la suerte! ¿No hallaremos
Á Servio solo?

NAXILIA.

¿Pero vos, Señora,
Aun insistís en el cruel deseo
De abandonar este palacio? ¿Cómo
Á tanto mal os entregais de nuevo?

GALÉRIA.

Cuando el honor nos grita, y nos esfuerza
Con su inflexible y poderoso aliento,
El temor debe enmudecer: partamos.

NAXILIA.

¿Y así al amable virtuoso Servio,
Que tu resolucion aun no ha sabido,
En tanta confusion le dejaremos?

GALÉRIA.

Pero, Naxilia, ¿ignoras los peligros
Que nos rodean? ¿Cómo esperaremos
Á que quizá tornando acompañado
De Maximino..... ¡Dioses! me estremezco
Al meditarlo.

NAXILIA.

Pues, Señora, vamos,
Vamos, y las desgracias arrostremos
Con que enojada la implacable suerte
Vuelve á amagarnos en rencor eterno.

GALÉRIA.

Perdona, hombre sensible y generoso,
Tú, que amaste enjugar el llanto acerbo
De dos desconocidas, ah, perdona
De mi partida el injurioso aspecto.
Y sea, que los dioses inmortales
La paz en tí dilaten, y el contento
Que á la triste Galéria siempre niegan.
Y vos, ó Maximino, á quien huyendo
No puedo aborrecer, de quien me arranca
La virtud sola y su penoso esfuerzo,
La turbacion recibe y el disgusto
Con que á pesar del corazon te dejo.

## ESCENA IV.

GALÉRIA, NAXILIA Y DIOCLECIANO.

DIOCLECIANO.

Esperad, esperad, calmad piadosas
La inquietud de un anciano. yo recelo
Que sois las que escondeis en este alcazar
Vuestro dolor.

NAXILIA.

¿Qué dice el labio vuestro?
Ved que os engañan.

DIOCLECIANO.

¡Ah! si sois las mismas,
No á mi dolor me abandoneis: al veros
Desde esta estancia el corazon me dijo
Que el cielo me enviaba algun consuelo
En vosotras, y así de un triste padre
Compadeced.....

NAXILIA.

¡Nosotras!

GALÉRIA.

¡Ah qué acento...!
(*) Tambien su aspecto triste me recuerda
A mi padre, si acaso tan deshecho,
Tan destruido en la vejez odiosa
Se hallará!

DIOCLECIANO.

Vos, que con semblante tierno
Y compasivo me mirais, decidme
Si visteis á mi esposa....

GALÉRIA.

¡Santos cielos!
¿Será ilusion? ¿me engañarán mis ojos?
¿Quién sois, Señor? que el palpitante pecho..

DIOCLECIANO.

Yo tambien agitado..... ¡justos Dioses!
¿A mi dulce Galéria me habreis vuelto?

---

(*) *Mirándole por la primera vez, pues ha[sta] concluir la palabra anterior habrá tenido el s[em]blante vuelto, recatándose de ser conocida.*

GALÉRIA.

¡Ay, padre mio! (*abrazándole*)

DIOCLECIANO.

Dadle fortaleza,
Dioses benignos, á mi débil pecho,
Que tanta dicha resistir no puede.
¿Que destino, hija mia, que portento
Te ha traido á mis brazos? ¡Ay! yo dudo
De mis sentidos mismos. ¿No es un sueño
Tu vista, ó mi Galéria? Mas ¿tu madre
En dónde está?

GALÉRIA.

Señor, este momento
Á la dulce alegría consagrado
Con el dolor amargo no turbemos. (*)

DIOCLECIANO.

¡Ah! sin duda que gime en las prisiones
Del bárbaro Licinio, ya no puedo
Dudar de tal desgracia.

GALÉRIA.

Padre mio,
Respetad un tristísimo secreto,
Que al penetrarle verterá maligno
Un raudal de amargura en vuestro pecho.

DIOCLECIANO.

No, hija mia, no es dado á vuestro padre
Calmar tranquilo tan ferviente anhelo.

---

(*) *Naxilia observará frecuentemente la puerta por donde salió Servio.*

Dime ¿cómo el destino te ha apartado
De su consuelo maternal y tierno?
Y ¿como pudo separarse ella
De su adorada hija?

GALÉRIA.

¡Cuánto debo,
Señor, á su ternura incomparable!
Ella ha sido mi bien y mi recreo,
Mi honor, y mi alegría, y mis virtudes,
Y sin ella afliccion y desconsuelo
Solo hallar pude.

DIOCLECIANO.

Mas decid....

GALÉRIA.

Avisa,
Naxilia, si alguien....

NAXILIA.

No tengais recelo.

GALÉRIA.

Vagábamos, Señor, por las montañas
Cual criminales míseros huyendo.
Varias veces mi madre desgraciada
Quiso acogerse en el palacio vuestro;
Mas temiendo llevaros la venganza
De los perseguidores mas violentos,
Desistió al fin: mi lengua no podria
Referiros jamas los males fieros,
Que acompañaban nuestra triste fuga;
El cansancio, la sed, la angustia, el riesgo
Que de todo lugar nos rechazaba,
Aun sin dejar al fatigado pecho

Un instante tranquilo y sosegado
En que calmar el agitado aliento.
En uno de estos dias horrorosos
De los soldados de Licinio huyendo,
En un frondoso bosque nos entramos,
Apresurar mi madre no pudiendo
En su cansancio el áspero camino,
Sus fuerzas contrastadas se rindieron
Alli mismo á una fiebre destructora
Que emponzoñó sus agitados miembros.
En dos dias, Señor, nuestro abandono
No la pudo prestar ni aun alimento, (*llora*)
Ni mas socorro que mis tristes brazos
Que fueron su descanso postrimero.

DIOCLECIANO.

¡Qué escucho!

GALÉRIA.

Un solo instante me arrebata
De mi vida la gloria y el recreo.
¡Ah! yo escuché su *á Dios* desconsolado
Que heló mi sangre toda; en ronco acento,
»Hija, me dijo, si mi triste sombra
»Puede pasar el valladar inmenso
»Del tártaro profundo, acompañarte
»Será siempre mi dicha y mi consuelo;
»Y muda é invisible, al lado tuyo
»Te seguiré dó quiera, prefiriendo
»Á todos los placeres del Eliseo
»Vagar contigo en ásperos desiertos.
»Solo exijo de tí, mi amada hija...."
¡Ah! Señor, contemplad mi desconsuelo:

La airada muerte le impidió decirme,
Su torpe hinchada lengua sorprendiendo,
Su postrer voluntad... (*llora*) y yo abismada
En presa del mas bárbaro tormento,
Quedé ignorando de mi dulce madre
El adorado y último precepto.

DIOCLECIANO.

¡Á qué precio tan bárbaro, hija mia,
Me ha vendido tu vista el alto cielo!

GALÉRIA.

La fiel Naxilia y un pastor, que acaso
Ella pudo encontrar, allí le hicieron
El honor sepulcral: y yo entre tanto
Penetraba con hórridos lamentos
La esfera toda. Mas, ó dulce padre,
Figuraos cual fue mi desconsuelo
Á el apartarme por la vez primera
De mi adorada madre, ingrata huyendo
Del bosque dó quedaba abandonada.

DIOCLECIANO.

No es tan desolador como tu acento
El rayo.

NAXILIA.

Servio llega.

GALÉRIA.

¿Servio solo?

## ESCENA V.

DIOCLECIANO, GALÉRIA, NAXILIA Y SERVIO.

SERVIO.

Yo os buscaba á los tres, pero ¿qué veo?

¿Quién en tanto dolor os ha reunido?

DIOCLECIANO.

¡Cuanta nueva encerraba, ó caro Servio,
Este vuestro palacio! Ved, mi amigo,
Mi adorada Galéria; mas ah, vednos
Llorar de Prisca el fin desventurado.

SERVIO.

¿Será posible lo que absorto entiendo?

DIOCLECIANO.

Ó tú, que su desgracia has hospedado,
Recibe el corazon de un padre tierno.

SERVIO.

Tal no digais, Señor. (*á Diocleciano*) ¡Ah, perdonadme (*á Galéria*)
Si yo ignorante no he cumplido necio
Con un huesped cual vos....

GALÉRIA.

¡Qué! nada, nada
Digais, Señor, que confundis mi pecho:
Yo ingrata á vuestros grandes beneficios
Os pagué con cautela y con silencio.
Mas decidnos, Señor, ¿será difícil
Nuestra fuga lograr?

SERVIO.

No queda medio
De practicarla ya, pues Maximino
Á todos nos encarga que os busquemos.
Estos contornos sus soldados ciñen,
Y por dó quier encontrareis el riesgo
De la desconfiada vigilancia.
Esperad, esperad, que aqui, yo creo,

Os oculteis seguros. Maximino
Sin duda va á partir en breve tiempo
Al campo de la lid, pues ya se aprestan
Á combatir sus míseros guerreros;
Y cualquiera que obtenga la victoria,
La guerra á otros lugares conduciendo,
El Tauro libre dejará. Mas idos,
Que hácia aqui Maximino....

GALÉRIA.

¡Huyamos, cielos!

## ESCENA VI.

MAXIMINO Y ARICIO.

ARICIO.

Pues yo no dudo ya que la victoria
Se digne coronar á tus guerreros;
Ni que esos vencedores orgullosos
De Andrinopolis, lleguen hoy soberbios
Á estrellarse en las peñas escarpadas
Del Tauro vencedor. Verán deshechos
Si defender á la invadida patria
Hemos podido al fin aprender de ellos.

MAXIMINO.

¡Ó cual tu confianza te ha engañado!
¡Cuánto, Aricio, te ciegan tus deseos!
El soldado que tímido y cobarde
Lleva la guerra á los extraños reinos,
Defiende mal su patria, y vil y torpe
Se postrará temblante al solo aspecto

De sus reconocidos vencedores.
Ved al lujoso Persa helarle el miedo
En Maraton, Platea y Salamina,
Y vedlo en pos los llantos desoyendo
De la tremente patria, abandonarla
En Isus y en Granico, ensordeciendo
Del almo honor al poderoso grito.
¿No ves tambien en el soldado nuestro
Al recordar los ominosos llanos
Dó fue por siempre su valor deshecho,
Pintados en fatídicos colores
De esclavitud los vergonzosos hierros
En su sombría faz enmudecida,
Silencio anunciador del desaliento?
Está vencido ya de los contrarios
Antes de combatir.

ARICIO.

Señor, yo espero....
Ved que vos su valor, injusto agravias.
Yo espero....

MAXIMINO.

El esterminio del imperio
Solo esperar es dado. Este sol mismo
Quizá traerá el horrible cumplimiento
De mi anuncio fatal: yo evitaria
El ominoso combatir que temo,
Si el enemigo odioso mas distante
Diese lugar.... Pero el destino adverso
Solo morir nos tiene reservado;
Y el bárbaro Licinio, en breve tiempo
Completará bajo su infame yugo

De Diocleciano el extendido imperio.
Quizá Galéria ya, que tan ansioso
Procuraba, le aclama ante Himeneo
Cual digno sucesor de Diocleciano
Y de Galério. No, sufrir no puedo
Esta imágen horrible y espantosa
Que despedaza mi angustiado pecho.

ARICIO.

Pero cuando tan grandes intereses
Se van á decidir, tan solo atento
A Galéria....

MAXIMINO.

¿Mil veces no lo he dicho?
La pérdida absoluta de mi imperio,
El negro deshonor de ser vencido,
Nada á mis tristes ojos es tan fiero
Como estas nupcias viles y ominosas,
Como este triunfo bárbaro y funesto
De mi indigno rival. ¡Ó tú Galéria,
Cuánto desastre á tus amores debo!
Mis desventuras todas son tu obra.
Por tí rompí los lazos de Himeneo:
Poderte merecer fue mi cuidado,
Mis esperanzas y mi solo anhelo.
Mi tristeza me ha hundido en la molicie,
Aflojando las riendas de los pueblos;
Mis caudillos en tanto me abandonan:
Y si batir á los contrarios pruebo,
No encuentro ya en mi egército abatido
Del Persa y Godo el vencedor soberbio,
Mas débiles esclavos que cobardes

La vida ignominiosa anteponiendo
Al sacrosanto honor, y abandonando
El campo de la lid en torpe miedo,
Arrojan pavorosos en su fuga
Las insignias de gloria, los trofeos
De su valor pasado y de sus triunfos!...
¿Por qué, ó Galéria, de mi amor violento
No quisiste calmar la horrible llama?
Y entre la dicha y el placer riendo,
No así contrario de mi misma gloria
Me veria indignado el universo,
Mas encerrando al bárbaro Licinio
De la Europa en los límites estrechos.

ARICIO.

Pero, Señor, pensad que ya el destino
Siguió otro órden; mas que en el momento
Aun no ha entregado la feliz victoria
La suspirada palma á tus guerreros
Ni á tus contrarios, que valiente aun puedes
Obtenerla, y despues en el sosiego
De una gloriosa paz, tranquilamente
Te entregarás de nuevo á tus afectos.

MAXIMINO.

Quien no espera vencer, ya está vencido.

ARICIO.

Pues yo he visto la saña, el ardimiento
Las faces inflamar á tus soldados;
Los he visto exaltarse en el anhelo
De la lid, y en sus ojos centellantes
Sed de sangre enemiga alegre veo.
Lavar su negra afrenta esperan todos;

Saben que es necesario el vencimiento
Cuando ningun egército le queda
A nuestra patria; mas si al fin vencemos
Ved ya trocada vuestra suerte adversa,
Y esas fieras legiones pereciendo
Por las ásperas rutas ignoradas
Dó les disperse el vencedor, siguiendo
De sus fugaces y medrosas plantas
La fatigada marcha, en los rodeos
Del sinuoso Eufrates, que corre
Tan ásperos caminos dividiendo.

## ESCENA VII.

MAXIMINO, ARICIO Y VINIO.

VINIO.
Este pliego, Señor, Lucrecio os manda.

## ESCENA VIII.

MAXIMINO Y ARICIO.

MAXIMINO (*despues de leer*).
¡Qué ven mis ojos! ¿es posible? ¿sueño?
¿Licinio se retira? ¿Él alza el campo?
¿Él teme combatir? ¿Dó está el denuedo
De su egército inmenso y valeroso?

ARICIO.
¿Licinio os huye? Pues, Señor, volemos,
Volemos al combate, sorprendamos

Su marchar, y veloces desplomemos
Todas vuestras legiones vengadoras
Sobre sus tropas, hora en movimiento.
Ved que el destino en su sonrisa amiga
Un solo instante os da, y en resolveros
Le perdereis tardío.

MAXIMINO.

La sorpresa (*dudoso*)
Mejor es que á la noche confiemos,
Y que al horror del tempestivo ataque
El pavor de las sombras aumentemos.

ARICIO.

¿Y esperareis á la tardía noche,
Las largas horas de la luz perdiendo?
¿Quién sabe en ellas sus fugaces pasos
Qué distancia opondrán? ni si podremos....

MAXIMINO.

¡Ah qué importuna luz mis ojos hiere!
Siempre, Aricio, te ciegan tus deseos.

ARICIO.

Mas ¿por qué lo decis?

MAXIMINO.

La muerte sola
Es el triunfo que guarda el hado adverso
Al triste Maximino. Pues Licinio,
Si huirnos intentára, ¿así ofreciendo
Á nuestros ojos ante el sol luciente
Su retirada, se expondria necio
A ser desordenado por nosotros,
Sin esperar á que el oscuro velo
De la noche su fuga protegiese

Nuestra quietud tranquila deteniendo?
Él ha intentado seducirme, Aricio;
Natura aqui protege el valor nuestro,
Y me quiere privar de esta ventaja:
Llevarme á las llanuras es su anhelo,
Donde su multitud incalculable
Cerque invencible el reducido resto
De nuestros campeones: el engaño,
El engaño alevoso, el dolo fiero
De su alevoso corazon emite
De nuncios del horror; pero ya el cielo
Con benéfica luz me ha esclarecido,
Y no será que impune....

ARICIO.

Mas al menos
Vos mismo ¿á examinar no vais...?

MAXIMINO.

Sí, Aricio,
Sus movimientos á observar marchemos.
¡O quién me diese descargar mis hombros
Del peso ponderoso del imperio!
¡O quién me diese en un varon insigne
Abdicar el laurel, que es mi tormento.

# ACTO TERCERO.

## ESCENA I.

GALÉRIA Y NAXILIA.

NAXILIA.

Ea, Señora, ya podeis al menos,
De Maximino en la oportuna ausencia,
Respirar mas tranquila.

GALÉRIA.

Ó mi Naxilia,
Jamas mi corazon ha sido presa
De tan fieros temores, yo he gozado
De mi adorado padre la presencia;
Mas el amago del violento Marte
Abandonarme á mi placer me veda.
En breve esas campiñas entregadas
A su rencor serán, y por la tierra
La sangre humana correrá espumosa.
¡La sangre que hora está de vida llena!
¡Ó infelices mortales, que impelidos
Del bárbaro furor que os enagena,
Así correis á exterminaros ciegos!
Las iras, la venganza solo alientan
Vuestros pechos sedientos del estrago;
De muertes y de horrores. ¡quién me diera
En vosotros verter la paz suave,
Y el bálsamo divino de la tierna
Sacrosanta amistad! ¿Por qué el gran Jove,

Que en las Deidades del Olimpo reina,
Así permitirá que el hombre triste
En pasiones tan bárbaras se pierda?
Baja á nosotros, ó piedad augusta,
Desciende rauda de la cima excelsa
Dó habitas, y á los míseros mortales
Redime bienhechora en sus miserias.
Ved que la ira tiraniza infanda
Tu dulce trono en tu tremenda ausencia.
Ya su incansable hoz la muerte afila:
Llega, ó piedad, que me parece verla
Insaciable correr segando cuellos.
Ya la fatal campiña airada siembra
De grupos de cadáveres truncados
Y de infelices que los aires pueblan
De sus postreros afligidos ayes
Con balbuciente entorpecida lengua;
En tanto que sus miembros destrozados
En el lodo de sangre se revuelcan.
¡Cuanta muerte y horror, y cuánto llanto!
¡Cuánta horfandad por la afligida tierra
Se va á estender!

NAXILIA.

No hay duda: el odio antiguo
De esos rivales que al furor se entregan
De su venganza, va á dejar al mundo
La memoria mas bárbara y funesta.

GALÉRIA.

Ay Naxilia, que el triste Maximino
Corre á su perdicion: las cortas fuerzas
De su imperio abatido, sus desgracias,

Todo nos dice que á la muerte vuela:
Tal véz en breve cederá á los golpes
Del bárbaro Licinio, de esa hiena
Tan protegida del destino injusto:
O ya su sangre corre, y ya penetra
El polvoroso suelo, retiñendo
En humeante púrpura las peñas:
En tanto que su lívido cadáver
Es oprimido por la dura rueda
Del fugitivo carro y por la planta
Del caballo veloz. ¡Qué horror! ¡Ay! templa
Mis bárbaros temores; calma, amiga,
Estos remordimientos que me aterran.

NAXILIA.

¿Remordimientos vos? ¿Acaso en vano
Sacrificando á la virtud severa
Tanto afanar, tan bárbaros trabajos,
Solo obtendreis la triste recompensa
De la ansiedad, de la zozobra horrible
Que al pecho fiero criminal inquieta?

GALÉRIA.

¿Pues qué tranquila perecer veria
A Maximino entre el horror y afrenta,
Siendo el orígen de sus males todos?
¿Qué me sirve la mísera inocencia,
Si yo encendí en su pecho desgraciado
De un infeliz amor la llama intensa?
¡Amor funesto de dolor y llanto,
Que á mí me pone en una lid eterna,
Y al mísero lo infama y envilece,
Y á las desgracias, y el furor le entrega

De la rivalidad mas implacable!
¡Ah, cuan fieros sus males me amedrentan!
¡Ah, cuanto me aborrezco! Dulce amiga,
¿Por que la muerte su piadosa diestra
No tendió sobre mí, cuando de nadie
Causado habia la desgracia adversa?
En la inocencia y en la paz tranquila
Yo de mi esposo precursora, hubiera
Salvado el corazon de tantos males,
Y sin la carga ponderosa y fiera
De la agena desdicha.

## ESCENA II.

GALÉRIA, NAXILIA Y DIOCLECIANO.

DIOCLECIANO.

¡Ó dulce hija!
¿Por qué á los sinsabores me condenas
De tu ausencia fatal? Los almos Dioses
Me vuelven mi salud en tu presencia;
No me la usurpes ni un instante solo.
Tu llenas de alegría, y tu recreas
Mi espirante vejez, cual de occidente
El sol venciendo la fatal tormenta,
Torna á alegrar de inesperada lumbre
Las cimas humeantes de las sierras.
Así mi alegre sol, asi has llegado
Desterrando mis llantos y miserias.

GALÉRIA.

¡Ah qué dulce ternura! ¡Ay padre mio!

Solo por vos bendigo mi existencia,
Y torno á amarla. ¿Yo seré el consuelo,
Yo enjugaré las lágrimas acerbas
De tan digno mortal?

DIOCLECIANO.

Sí, dulce hija,
Ya el hado se aplacó, y al fin me entrega
Mi tesoro; ya Servio generoso,
Que compasivo en nuestro bien se inquieta,
De una ruta ha sabido que se estiende
Por lo fragoso de la espesa sierra;
Y darnos puede de soldados libre
Retirada segura. Ven, Galéria,
Y mientras torna el fiero Maximino,
Evitaremos su fatal presencia
Para siempre jamas. En mi retiro
El sosiego tranquilo y paz serena
A tu inocente corazon ofrecen
El descanso por fin; tu madre tierna
Saliendo de ese bosque en donde yace
Abandonada, llevará contenta
Su sueño eterno á nuestro alcazar mismo.

GALÉRIA.

Ay padre mio, ¡qué dichosa fuera
Su hija en visitar continuamente
Tan adorados restos! ¡Quién te viera
Salir, ó madre mia, de ese bosque
Dó yaces sin honor! Mas ah, ¿no es fuerza
Temer en vuestro alcazar indefenso
Del bárbaro Licinio la violencia?
Mi augusta madre recelo....

DIOCLECIANO.

La sangre
De Diocleciano en él, de las violencias
De la persecucion es libre, en vano
Tímidas recelasteis; aunque huyera
Toda virtud de los cesareos pechos,
¿Así al mundo perjuros confundieran
Cuando ante el mundo respetar juraron
Mi retiro?

GALÉRIA.

Señor; ¿por qué os entrega
Vuestro candor á confianza tanta
En un siglo infeliz, que ve á la tierra
En la horfandad de las virtudes todas
Gemir del crímen en la atroz cadena?
¿Qué fé guardó el soberbio Constantino
Á su sagrado y respetable César
Maximiano?

DIOCLECIANO.

Mi débil compañero
Dió de ambicion una temible prueba
Á el vestirse la púrpura abdicada,
Y por querer tornar á su grandeza
Él mismo socavó la oscura sima
Dó sepultó su mísera soberbia.
Mas Diocleciano, su retiro amando,
Su dulce oscuridad, su independencia,
Será por siempre de ellos respetado,
Á pesar de ellos mismos.

## ESCENA III.

DIOCLECIANO, GALÉRIA, NAXIO.

DIOCLECIANO.

Mas ¿qué nueva,
Ó Naxio, os ha traido á estos lugares
Á buscarme?

NAXIO.

Señor, la suerte vuestra
De oprobio y de dolor va á sorprenderos.

DIOCLECIANO.

Dí con valor, ó Naxio, y nada temas.
Hoy el gozo y dolor me han defendido
De nuevos sustos y desgracias nuevas.
No pueden las desdichas sorprenderme,
Heme aqui superior á todas ellas.

NAXIO.

Señor, os reconvienen y os insultan.
Licinio y Constantino en vos emplean
Insolentes la bárbara amenaza;
Y sus soldados temerarios llevan
Á vuestro alcazar mismo sus furores:
Y acusándoos de amiga inteligencia
Con Maximino, á vuestro augusto cuello
Destinaban sus bárbaras cadenas
Para llevaros á sus torpes dueños
Cargados del oprobio y de la afrenta.

DIOCLECIANO.

Basta, Naxio, no humilles mas mi oido,

Que quien del orbe abandonó las riendas,
Quien pudo desamar el regio solio,
Oir no puede tan cobardes nuevas.

GALÉRIA.

¡O déspotas soberbios! Mas ¿qué miro?
¿Qué palidez horrible se apodera
De vuestro aspecto?

DIOCLECIANO.

Sí, mi dulce hija,
Mi pecho, rechazando la violencia
Sañosa del destino siempre airado,
No estaba prevenido á tanta afrenta.
¡Diocleciano ultrajado! ¿Así se olvidan
Dos soldados soberbios, que debieran
Mi memoria adorar, así se olvidan
De mi antiguo poder y su flaqueza?
¿Y así en ingratitud inesperada
Ni aun mi afligida ancianidad respetan....?
¡O manes irritados é implacables
De la cristiana perseguida secta,
Vedme espiar vuestra inocente sangre!
Alegres ved el deshonor que llega
Á coronar la vida de amargura
De este infeliz; vosotros por dó quiera
Contino me aquejais.... ¿No estais vengados?
¿Aun no os olvidareis de la demencia
De mi sangriento error, dó seducida
Se cegó mi razon? Mas ya resuena
Un grito vengador que me confunde,
É inflexible mis crímenes condena.
¿No advertis cuan violentas se desquician

De los sepulcros las gravosas piedras?
¿No escuchais cual los mártires se indignan
En el confuso horror de las tinieblas,
Y lívidos y fétidos asoman
Las cabezas heridas aun sangrientas?
Mi muerte, claman, mis horrores piden
En la ardorosa sed que los incendia,
Sus desquiciados fulminantes ojos
Y su tronante voz me desconcierta.
Libradme de ellos.

GALÉRIA.

Ah, Señor, calmaos.

NAXIO.

Desechad el temor que así os consterna,
Y esos remordimientos horrorosos
Que en vuestro triste corazon despierta.
Si Licinio os persigue y Constantino,
Maximino tal vez vuestra defensa
Gozoso abrazará, Señor, habladle.
Pueda su proteccion serviros.

DIOCLECIANO.

Cesa.

No cómplice cruel de los tiranos
Mi humillacion confirmes. Quien la tierra
Hizo temblar bajo sus pies, no puede
Conocer el temor; ni la torpeza
Reservada á los míseros esclavos.
El solo crímen, Naxio, me amedrenta:
Tanta sangre inocente derramada
Por mi loco furor, que en nube espesa
Me oscurece, me envuelve y me sofoca,

Y mi oprimido corazon apremia.
¿Mas de esos dos rebeldes yo temblára?
Ni quien la vida y el placer desprecia
Con un alma romana ¿buscaria
Cobarde un protector en su defensa?

GALÉRIA.

Vuestro triste despecho, ó padre mio,
Y vuestra indignacion me desconcierta;
No así os abandoneis á los furores;
Amad la vida que á esta triste presta
Consuelo tanto, y que es el bien postrero
Con que natura su dolor consuela.
Y si el destino un vengador os diere
En Maximino, recibid su oferta.

DIOCLECIANO.

¿En Maximino? ¿En el verdugo vuestro?
¿En el bárbaro autor de tus miserias?

GALÉRIA.

Mas no olvideis que adora las virtudes:
Que por ellas frenando las violencias
De su pecho inflamable.... Mas ¿qué escucho?
¡O cielos! ¿Qué rumor fatal resuena...?
¡Si á vuestros enemigos será dada
La victoria tal vez!

## ESCENA IV.

DIOCLECIANO, GALÉRIA, NAXIO Y SERVIO.

SERVIO.

Huid, que llega

Á este alcazar el César Maximino.

DIOCLECIANO.

¿Maximino? Evitemos su presencia.

SERVIO.

El pueblo, que en la lid le contemplaba,
Ha sido sorprendido de esta vuelta.

GALÉRIA.

Yo tambien recelaba; mas su guardia
Ya diviso. Deidades, ¡ah, no sea
Que vencido y deshecho haya tornado
Arrastrando el oprobio y vil afrenta
Quien solo es digno de vencer!

DIOCLECIANO.

Huyamos.

## ESCENA V.

ARICIO Y SERVIO.

ARICIO.

Vais, ó Servio, á sufrir las duras quejas
Del César, que ha sabido sorprendido
Tratais con sus contrarios.

SERVIO.

Mas su vuelta,
Decidme ¿es desgraciada? ¿De Licinio
Somos tal vez vencidos?

ARICIO.

No es siniestra
Nuestra suerte, mas plácida y gloriosa.
Llamamos al contrario á la pelea,

Insultando sus fuerzas numerosas,
Y él la evitó cobarde.

SERVIO.

¡Cuál me alienta
Esa nueva feliz! Ya estoy tranquilo,
Pues mi solo peligro no me inquieta,
Ni esas calumnias.

## ESCENA VI.

ARICIO, SERVIO Y MAXIMINO.

MAXIMINO (*á Servio.*)

¿Quién será un soldado
Que en alas del sigilo y la cautela,
Saliendo de las huestes enemigas,
Y audaz trepando por ocultas peñas,
Ha podido traer su planta osada
A estos mismos lugares? Ya le hubieran
Mis vigilantes tropas apresado,
Mas tímidas se paran y respetan
El asilo falaz de un poderoso....
Servio, ¿que me decís?

SERVIO.

Señor, cualquiera
Que contra el triste imperio conspirase,
O que á burlar de tu amistad se atreva,
Ora tratando al enemigo odioso,
Ora esparciendo maliciosas nuevas
Que os cieguen y os deslumbren, fiera muerte,
Fiera muerte merece.

MAXIMINO.

La sentencia,
Aunque por un traidor dictada, es justa.

SERVIO.

Señor, ¿qué pronunciais? ¿Así á la ciega
Credulidad os entregais ligero?

MAXIMINO.

Dime, infeliz, y de engañarme tiembla.
¿A quién has ocultado en tu palacio?

SERVIO (*turbado.*)

Á un anciano en la mísera indigencia,
Que acaso vino, le hospedé unas horas,
Mas su decrepitud, Señor, nos veda
Formar desconfianzas; y él fue solo... (*dudoso*)

MAXIMINO.

Basta. Guardias, llevadle: y en cadenas
Oprimido, la pronta muerte espere
Que sola se las quite.

SERVIO.

Y mi inocencia
¿No podrá desatarlas?

MAXIMINO.

Conducidle.

## ESCENA VII.

MAXIMINO, ARICIO *y resto de guardias.*

ARICIO.

Señor, me hace temblar vuestra presencia.
Yo he despertado contra el triste Servio

Imprudente tus hórridas sospechas.

MAXIMINO.

No te pese. Tú solo has denunciado
Á el anciano, y de Vinio la destreza
Ha penetrado que tambien oculta
Otros, con quien su bárbara cautela
Contino trata reservadamente,
Y mis soldados mismos de él se quejan
Al ver que un enemigo disfrazado
Llega á su alcazar, y con él se hospeda.

ARICIO.

Pero, Señor, la probidad de Servio
Le debe defender de la apariencia.

MAXIMINO.

Su silencio fatal la ha desmentido.

ARICIO.

Jamas se prostituye en la torpeza
Quien defendió su pecho en las virtudes
Dó los groseros crímenes se estrellan.
Á Servio contemplad desde su orígen
Seguir glorioso sus sagradas huellas.
Inflexible en sus rígidos deberes,
Y amante de su Patria y de su César,
Defendiendo impertérrito en las lides
Su santa causa con fulmínea diestra.
Jamas en las facciones borrascosas,
Que el descontento y la discordia alientan,
Mezclado se le vió; mas contrastarlas
Con ánimo invencible: á las urgencias
Del Estado fue siempre su tesoro
Patente: y hora que en la oscura huesa

Va á sepultarle su vejez cansada,
¿Coronar osaria en la vileza
Su hermosa vida?

MAXIMINO.

Cuanto mas insigne
La víctima se elija que se entrega
Al escarmiento público, su sangre
Será mas fértil produciendo enmienda
En los malvados.

ARICIO.

Mas ¿á el inocente
Vos sacrificareis?

MAXIMINO.

En su inocencia
¿Cómo puedes creer, cuando le has visto
Devorar la verdad á mi presencia
Confuso y agitado? ¿Cuando fiero
El disgusto mayor le desconcierta,
Y aun su vista feroz me reconviene,
Porque buscar la Emperatriz Galéria
Le mandé? ¿cuando á Albino le confia
Haber tenido de ella fijas nuevas
Despues de su salida de mi alcazar,
Y ante mí se desmiente? Mas ¿que pruebas
Mayores solicitas, que el empeño
Con que osó sostener la torpe lengua
De ese blasfemo anciano? ¿Y aun lo dudas?
¿Dudas de su traicion? Ah no, perezca,
Perezca ese verdugo de su patria,
Que al verla en sus angustias postrimeras
Aun afila alevoso el torpe acero,

Y con infame y parrícida diestra
Va á traspasarle el seno, procurando
De Licinio las viles recompensas.
¡Ó iniquidad! ¡ó cobardía infanda!...
Pero nunca será; que su cabeza
Conducida á su bárbaro caudillo,
Tinta en la sangre de sus rotas venas,
Y aun girando los ojos lagrimosos....

## ESCENA VIII.

MAXIMINO, ARICIO, DIOCLECIANO *y guardias.*

DIOCLECIANO.
No: llevadle la mia, que esta ofrenda
Mas grata le ha de ser, y vos en tanto
En Servio respetad á la inocencia,
Pues hospedarme fue su solo crímen.

ARICIO.
Vedle, Señor, él es...

MAXIMINO.
Y vos, ¿qué esperas,
Ó qué pretendes?... ¡Diocleciano! ¡Cielos!
¿Sois vos? ¿Pues qué de vuestro alcazar fuera,
Huyendo de la paz y del retiro,
Entre el rumor horrible de la guerra,
Qué os puede conducir?

DIOCLECIANO.
Cuidados mios,
En los que en vano tu atencion molestas.

MAXIMINO.

Yo no creí, que hollando en torpe planta
La margen del Leteo, haber pudieras
Tan enormes cuidados.

DIOCLECIANO.

¿Tan enormes?
¿Quien mensurarlos pudo?

MAXIMINO.

Tu cautela,
Tu esmero en ocultarte y ocultarlos,
Y en la estacion del hielo y la torpeza,
Tus afanosos y ásperos viages.
Pero dí: ¿de Licinio acaso esperas
La púrpura en mi sangre reteñida?
¿Intentabas comprar en la sorpresa
De este postrer egército, que aun tiene
El imperio afligido en su defensa,
Un laurel miserable, que tus sienes
En vez de honor, de oprobio las cubriera,
Y que solo gritase al universo
Tu crímen, tu ambicion y tu impotencia?

DIOCLECIANO.

Si así con lengua ponzoñosa y dura
En tan bajos temores tú te amenguas
Y te envileces, ¿qué respuesta quieres
De Diocleciano absorto en la sorpresa?

MAXIMINO.

Justifícate pues: responde al punto:
¿Qué buscaba escondida tu cáutela?
¿Qué tratabas con Servio, recibiendo
Los emisarios de Licinio?

DIOCLECIANO.

Cesa.

Tu razon te abandona. ¿Pues tú puedes
Juzgar á Diocleciano? ¿Ni él pudiera
Defenderse ante tí cobarde y débil,
Sin que entonces tu oprobio mereciera?

MAXIMINO.

Cualquier que pueda ser tu clase antigua,
Ó tu poder pasado, la inocencia
Si te acompaña, demostrarla debes.
Sálvate al punto de la sombra espesa
Que oscurece tu honor; y del imperio
Satisfaz, si lo puedes, las sospechas.

DIOCLECIANO.

Ya ha visto el proceder de Diocleciano
Este imperio y el resto de la tierra.
Ya sabe cual la púrpura conquista,
Y sabe cual la púrpura desprecia. (*quiere irse*)

MAXIMINO.

No marchareis: ó guardias, respondedme
De su persona.

DIOCLECIANO.

Pues ¿á tal torpeza
Tu despótico orgullo y tu locura...?

MAXIMINO.

La pública salud lo exige, es fuerza.

# ACTO CUARTO.

## ESCENA I.

MAXIMINO, ARICIO y *guardias.*

ARICIO.

Otro tiempo mis sínceros avisos,
Vuestra atencion al menos alcanzaron;
Mas, Señor, al presente solo logran
Chocar contra el disgusto, y el enfado
Que os ocasionan.

MAXIMINO.

Tal jamas pronuncies.
Pues siempre tus virtudes estimando
Seguiré tus avisos saludables;
Pero de tu razon mísero esclavo,
No pienses que me goce en entregarme
A seguir sus errores obstinados,
Y pender de ella, no.

ARICIO.

Bien.... escuchadme,
Que yo no puedo suspender mi labio:
La patria y vos lo animan, no creedme,
Mas al menos oidme.

MAXIMINO.

Sí, ya aguardo
Tus razones.

ARICIO.

Señor, hoy habeis visto

El egército alegre abandonado
Al ciego amor que os tiene, á vuestro aspecto
De sus tristes derrotas olvidado,
Insultaban al pérfido enemigo,
É inquietos en la falda, en que ordenados
Fueron por vos, precipitarse ansiaban
A los tendidos é indefensos llanos,
Por forzar á la lid desventajosa
Á tantos combatientes: su conato
Era solo poner á vuestras plantas
La vencedora palma, y trasportado
En júbilo y placer brillar se vía
Cualquier semblante, donde vos acaso
Detenias la vista distraida.
¿Qué monarca se ha visto tan amado?
Ó ¿quien de corazones tal tesoro
Poseyó nunca? Todos confiados
Se creen invencibles conducidos
Por su Dios tutelar; y en el soldado
Jamas la confianza ha sido débil.
Y vos, ó Maximino, vais en tanto
Que pendeis de su esfuerzo generoso,
A apagar imprudente el fuego osado
De su dulce ilusion, y de sus fuerzas
Sus brazos desarmar, y desarmaros?
¿No sabeis que se adora el nombre augusto
Del virtuoso y triste Diocleciano?
Del que quizá primero ha dado al mundo
Egemplo de desprecio al alto mando
Sin deslumbrarse á su esplendente brillo?
Pues ora le divide voluntario;

Ora alegre le cede, á su retiro
La dulce paz del corazon llevando,
Sin tornar á vivir á los deseos,
Ni escuchar al faccioso Maximiano,
Que de nuevo á la púrpura le llama.
¡Ó cuan firme constancia en tantos años!
¡Cuanta grandeza en su retiro oscuro!
¡Qué brillante es la gloria de este anciano!
Mirad que su prision ós arruina.
Ved que en los hierros os está arrancando
El amor del egército, la fuerza,
La victoria, el honor.... Yo le hube odiado
Por ignorar su nombre esclarecido;
Mas ya me postro ante su honor sagrado,
Y le juzgo incapaz de que mancille
Su envejecida gloria

MAXIMINO.

¡Ó Diocleciano!
¡Enemigo funesto de mi dicha,
Y de este imperio triste y desgraciado!
Tú implacable me robas á Galéria,
Para venderla á mi enemigo osado;
Y aun le quieres vender la sangre hermosa
De mi egército todo. Aricio, ¡cuanto
La vana fama á tí te ha seducido!
Tú juzgaste su orgullo temerario
Hijo de la virtud y la inocencia;
Mas ya va á iluminarte el desgraciado
Servio. Su muerte romperá el secreto,
Que ya mi corazon me ha revelado;
Y patente al egército, con gozo

Contemplará los hierros de un tirano,
Que preparaba su comun ruina,
Y la coyunda al infeliz estado.

ARICIO.

¿Mas la muerte de Servio habeis resuelto?

MAXIMINO.

Mi rubor, mi piedad al triste anciano
Quisieran defender; mas ¡ah! la patria
Me exalta en breve con su triste llanto.
¿Yo al brazo oculto del feroz Licinio
Impune dejaria, oyendo ingrato
En torpe indiferencia y loco olvido
Los manes de mis héroes esforzados,
Que al imperio gozosos ofrecieron
De su preciosa sangre el holocausto,
Y hora venganza piden? Sí ¡venganza!
¡Venganza en sus verdugos sanguinarios!
¡Venganza en esos monstruos alevosos!
Sígueme, Aricio, que á vengarlos vamos.

ARICIO.

¡Ah, con cuanto placer os separara
De tal resolucion!

## ESCENA II.

MAXIMINO, ARICIO (*) Y VINIO.

VINIO.

Señor, hablaros

---

(*) *Aricio demostrará en sus acciones el mayor empeño por detener á Maximino.*

Una dama pretende.

MAXIMINO.

Detenedla;
Que cuando torne aqui podrá lograrlo.

ARICIO. (*)

¿Vos la habeis conocido?

VINIO.

No, y absorto
Me tiene su dolor y su quebranto,
Y sus incertidumbres: ya dos veces
Al César quiso hablar; pero tornando,
Su intento revocó, y aun nos suplica
Nada decirle, mientra en duro llanto
Se deshace la mísera afligida:
Hora es la vez tercera que ha llegado.

MAXIMINO.

Sin duda que es de Servio alguna deuda;
Pero yo resistir su lloro amargo
No podria, alejadla presuroso
De un lugar para ella tan infausto.
Dila que no es posible....

ARICIO.

Yo me opongo
Á tal resolucion, y yo reclamo
Á vuestra antigua generosa alma,
Que parece dormir en un letargo
De insensibilidad y de injusticia.

---

(*) *Á Vinio, llamando la atencion de Maximino, quien se para y escucha.*

¿Vos podeis rechazar al desgraciado
Que á vos se acoge y su salud implora?
¿Vos podreis, á esa triste abandonando
Á eterna confusion y á muerte eterna,
Desoir su clamor desesperado,
Solo por evitar de la ternura
Un momento fugaz de desagrado?
Ved que quizás á separaros viene
De un crímen, de un error, del peso amargo
De un eterno y cruel remordimiento.

MAXIMINO. (*á Vinio*)

Decidla que entre.

## ESCENA III.

MAXIMINO Y ARICIO.

MAXIMINO.

Amigo, ya has triunfado
De mi dureza bárbara; lo exige
Mi sagrado deber, y he de llenarlo.
Sí, lloraré con ella; mas que ignore
Lo ya resuelto; y si por dicha acaso,
Sin herir la justicia, de su muerte
Puedo evitar el lastimoso estrago,
¿Con qué os podré pagar, Aricio amigo,
Haberme de tal crímen libertado?

ARICIO.

¡Ah! con vuestra alegría....

## ESCENA IV.

MAXIMINO, ARICIO, GALÉRIA (*llorosa*) Y NAXILIA.

MAXIMINO. (*á Galéria*)

No tan triste
Os obstineis en ese duro llanto,
Calmád vuestro dolor.... Mas ¡ah! ¿qué veo?
Aricio, Aricio, ¿no la veis?

ARICIO.

¡Qué espanto!
¡La Emperatriz Galéria! (*)

MAXIMINO.

Vuestro aspecto
Me abisma, me confunde.... ¡O Dioses sacros!
¡Qué velo se descorre ante mi vista!
¿Por que llegas, razon, iluminando
La informidad de mi maldad odiosa?
Galéria, perdonad á un monstruo insano,
Que hollando la equidad y la justicia,
Y los deberes todos olvidando,
Os ha afligido en sus persecuciones,
Que orgulloso atentó....

GALÉRIA.

Yo vengo á hablaros
En defensa de un padre y de un amigo

---

(*) *Habrá una pausa, y mientras Maximino observará á Galéria.*

Que en mi triste abandono me ha amparado.

MAXIMINO.

Caro Aricio, marchad, y que al momento
Vengan aqui los dos.

## ESCENA V.

MAXIMINO Y GALÉRIA.

GALÉRIA.

Señor, mi anciano
Y desgraciado padre, conducido
De mil dudosas nuevas, ha vagado
Por toda esta provincia dilatada,
Á su esposa y su hija procurando;
Ningun otro deseo le animaba,
Ni ha podido ocuparle otro cuidado,
Que consolar su ancianidad cansada
De su familia en los amantes brazos.
Hoy la casualidad inesperada
Á su hija le ha vuelto, mas llenando
Su pecho de dolor y de amargura
La nueva, de que al fin á sus trabajos
No pudo resistir mi augusta madre,
Y en ellos pereció.

MAXIMINO.

Galéria, ¡ó cuanto
Mis ominosos crímenes me pesan!

GALÉRIA.

Señor, mi triste padre es hoy el blanco
De todas las desdichas del averno:

Licinio y Constantino han insultado
Su morada pacífica y tranquila,
Su libertad, su vida amenazando,
Por Naxio su doméstico lo supo,
Que el enemigo campo traspasando,
Pudo llegar aqui con esta nueva,
Que de afrenta y despecho le ha inundado.
Si tanto oprobio y tan acerbos males
Os pueden ablandar....

MAXIMINO.

Suspende el labio,
La emperatriz Galéria no se humille
A suplicar á un déspota obstinado.
¡Ó cual destroza mi afligido pecho
La confusion horrible! ya no alcanzo
Un medio de expiar mis desaciertos.
La maldad y el error me han deslumbrado,
Y yo perdido en ellos....

## ESCENA VI.

MAXIMINO, GALÉRIA, DIOCLECIANO, SERVIO Y ARICIO.

DIOCLECIANO.

¿Qué me quieres?
Vas de nuevo á agoviarme al peso estraño
De tus injurias calumniosas?... ¡Hija! (*á Galéria*)
¡Hija! ¡infeliz Galéria! ¿no has logrado
Salvarte de este alcazar?

GALÉRIA.

Padre mio,
¡Antes llegue á mi pecho el frio helado
De la muerte, que el de la horrible y dura
Ingratitud! ¿Yo hubiera abandonado
Vuestra desgracia en la prision oscura,
Buscando mi salud tranquila en tanto?

DIOCLECIANO.

Pues disponte á beber la copa inmunda
De la afrenta, el oprobio y el escarnio.

MAXIMINO.

Aunque mi amor por la tremente patria
Cual tenebroso velo me ha cegado,
No penseis que se encierran en mi pecho
Las entrañas del fiero tigre hircano,
Ó de la centellante horrible hiena
De la Etiópia. Yo os devuelvo á entrambos
La libertad que injusto os usurpaba.
Y á mas confio á tus sagradas manos, (*á Diocl.*)
Ó Diocleciano, las augustas riendas
Del imperio.

DIOCLECIANO.

¿Qué dices?

ARICIO.

¡Qué he escuchado!

MAXIMINO.

No os admireis: mi corazon no amaba
La vana pompa del poder cesáreo;
Ni el oro le recrea, ni el incienso.
¿Qué puede compensar al desgraciado
Poder de hacer el mal de las naciones?

Yo del imperio el bien he deseado,
Y vedle ya espirante entre ruinas,
Vedle gemir opreso, encadenado,
Desde estas peñas duras y escarpadas,
Hasta los altos muros de Bisancio.
¡Ah! recibid la púrpura sagrada.
Y de mis yerros míseros, infaustos,
Estirpad las raices ponzoñosas.
Veis que el genio del mal ha levantado
Su trono colosal, prudente y firme
Vos le derrocareis, que yo entretanto
A un pueblo que amo serviré gozoso
En la sangrienta lid con fuerte brazo.
Y podré contra el bárbaro Licinio
Mi pecho desahogar del odio amargo;
Y en la efusion de mi fogosa sangre
Inflamar los cohortes denodados.
Yo no os devuelvo del extenso mundo
El cetro que por vos fue desdeñado,
Solo una parte en la invasion sumida:
Mas, Señor, admitidle, y desplegando
Vuestros talentos, su salud os deba,
Y á vuestro nombre augusto, avergonzados
Los soldados del pérfido Licinio,
A su antiguo Señor vendrán volando,
Pues verán con horror el férreo cetro
Que hoy los oprime en deshonor y llanto.
Y plegue á los sagrados inmortales,
Que el moribundo imperio reanimando,
Podais llevar sus límites inmensos
Del Senegal ardiente á el Austro helado:

Y del Indo y el Ganges caudalosos
Á los remotos pueblos Turdetanos.

ARICIO.

Mas ¿no quereis, Señor, oir primero
Los precisos avisos del estado?
¿No quereis consultar con las cabezas
Del egército vuestro?

MAXIMINO.

Todo es vano.
Yo les devuelvo un virtuoso padre,
Y les liberto de mi error insano.
Venid, que está resuelto: presenciemos
La exaltacion del grande Diocleciano.

DIOCLECIANO.

Tu conducta me admira, ó Maximino,
Y embarga mis sentidos: yo no alcanzo
Como puedes mostrarte tan opuesto
En un tan breve y reducido espacio.
Tú déspota, tú injusto encadenaste
Á Servio, y te dispones á inmolarlo
Á tus negras sospechas, y á mí mismo
Quizá tambien me alzabas un cadalso.
Y en seguida tan grande y generoso
Te quieres desceñir el laurel sacro,
Y cederme la púrpura brillante,
¿Quien pudo unir extremos tan contrarios?

MAXIMINO.

El amor á la patria y sus desgracias.
Él os lanzó mis odios, cuando errado
Os sospechaba amigos de Licinio;
Él me postra ante vos, cuando ya os hallo

Inocente, y capaz de dar al mundo
La paz y la salud: y no ocultando
Nada de mi interior, tu augusta hija,
Sus lágrimas amargas despertaron
Mi dormida razon. ¡Ah, cuan terribles
En mis propios delitos me humillaron,
Y me digeron que el imperio estaba
Aniquilado de mis propias manos,
Y me digeron que hombre tan pequeño
No debiera mandar en los humanos!
Y pues la salud pública es mi guia,
Imitadme, Señor, venid al campo
A ser reconocido.

DIOCLECIANO.

¿Mas no adviertes
Que este cadaver, á quien solo es dado
Un corto resto de calor de vida,
Sufrir no puede el ponderoso cargo
Del imperio?

MAXIMINO.

Tan solo vuestro nombre,
Vuestro nombre potente ha de salvarlo.
Al virtuoso Pertinax contempla
En tanta ancianidad regenerando
El corrompido egército, y á Roma
Nuevo esplendor y nueva vida dando.

DIOCLECIANO.

¿Pero tan pronto vos estais resuelto
A lo que debe ser determinado
En mas maduro y detenido examen?

MAXIMINO.

Ya muy antes habria separado
De mí la odiosa púrpura, si hubiese
Un hombre digno de llevarla hallado.
Vuestra fama y virtud de vos responden.

DIOCLECIANO.

Pues marchemos; y plegue á los sagrados
Dioses del alto Olimpo, en su influencia
Iluminar á un confundido anciano,
Para que pueda responder prudente,
De su nombre al concepto aventajado,
A vuestra alma grande y generosa,
Y á los fieros peligros del estado.

MAXIMINO.

¡De cuanto peso vais á descargarme!

SERVIO.

¡De mis sentidos aun estoy dudando!

## ESCENA VII.

GALÉRIA Y NAXILIA.

NAXILIA.

¿Y qué la exaltacion de vuestro padre
No ireis á presenciar?

GALÉRIA.

¡Ah! no le es dado
A mi sexo cobarde presentarse
Del fiero Marte en el horrible campo,
Entre bosques de armas, ni ¿qué haria
Si del fatal Licinio los soldados

La augusta ceremonia sorprendieran?
¡Ah tal vez presa de ese monstruo odiado,
Para siempre jamas enlutaria
De un triste padre el corazon amargo,
En el dia preciso en que la gloria
A su esplendor se habia consagrado.

NAXILIA.

Mas, Señora, yo atenta os examino,
Y la alegría en vos no se ha mostrado;
Cuando el ardiente júbilo debiera
Brillar en vuestros ojos exaltados,
A la yerta, á la muda indiferencia
Vuestro aspecto le veo abandonado.
¿Quien os pudo entender? Un solo instante
Del peligro y baldon os ha apartado,
Y ve subir á vuestro padre augusto
De la oscura prision al trono fausto.
¿Y vos recibireis de la fortuna
Los mas preciosos bienes, que con manos
Potentes puede dar, cual si sufrieseis
Su pasado rigor?

GALÉRIA.

Me estoy forzando
Por entregarme ciega á la alegría,
Pero un cierto rubor me está humillando,
Me desconcierta....

NAXILIA.

¿Qué decís? ¿Yo sueño?
Señora, cuando solo al presentaros
Habeis deshecho vuestros males todos,
Cuando por sus virtudes elevado

Ha sido vuestro padre en gloria tanta,
Y de su luz cercada estar gozando
En ella deberias, ¿la vergüenza,
El oprobio os aflige?

GALÉRIA.

Amiga, ¡ó cuanto
Mi corazon desconoceis continuo!
Nunca mis desventuras me humillaron.
Mi padre, de calumnias y de hierros
En una prision bárbara agoviado,
Su gloria no eclipsó, y allí triunfaba
Grande y justo de un déspota ensañado.
Yo misma, en la indigencia y la desgracia,
La mísera existencia conservando
Entre olvido y temor, no me humillaba
De mi triste fortuna; y hora.... acaso
Un orgullo infundado me deslumbre,
Mas no puedo sufrir, que Diocleciano
La generosa oferta del imperio
Tan débilmente la haya rechazado.
Y así presente su vejez cansada
En la alta cima del poder; tornando
Á ofrecerse de nuevo á los inciensos
Que ya por siempre hubiera renunciado;
Y solo convidado de un momento,
De un momento mezquino inesperado
De confusion, de veleidad. ¿No viste
La desaprobacion y el embarazo
De la guardia y de Aricio? ¿Mas tú piensas
Que el egército fiero acostumbrado
Al brioso y bizarro Maximino,

El furor y la guerra respirando,
Quiera entregarse en su mayor peligro
A la torpeza de un helado anciano?

NAXILIA.

Tal no digas, Señora. ¿Asi te olvidas
De que su nombre siempre fue adorado?
¿Que el mundo todo su virtud adora?
¡Ah no! el imperio tornará á su mando
En la ilusion mas dulce.

GALÉRIA.

No lo esperes.
Si en su retiro ha sido idolatrado,
Será en el solio odioso: su constancia
En despreciar la altura le ha elevado,
Mas hora le deprime y envilece
Su inesperada vuelta, sublimando
Su triste humillacion á Maximino,
Que desdeñoso mirará por bajo
De sus pies, á un monarca desquerido,
Por un capricho suyo coronado.

NAXILIA.

Y aunque así le mirase su injusticia,
¿Qué puede murmurar de vos su labio?

GALÉRIA.

¡Ah mi amada Naxilia! Maximino
De mí nada se ocupa. ¿No has notado
Que por la compasion su pecho herido,
Del arrepentimiento solo ha hablado?
Ah, su vehemente corazon no pudo
Resistir de la ausencia el frio helado,
Sin lanzarme perjuro y veleidoso:

Ó quizá por mi huida me ha cargado
El peso de sus odios implacables;
Y sus persecuciones, que he juzgado
Hijas de amor, de encono y de venganza
Fueron solo. ¡Que mal ha contestado
Á la ternura de mi triste pecho!
Yo le huía y le amaba, y él en tanto
Me odiaba, y me seguía rencoroso.
En medio de los males mas estraños
Que por su sola culpa he padecido,
De su fortuna toda me he ocupado.
Cuando la nueva desastrosa oimos
De su derrota, mi dolor, mi llanto
Tú le viste, tú viste cual temblaba
De su peligro; cual su honor manchado
Me entristecia: si alguien le nombraba
Me vias al Olimpo mismo alzarlo,
De mi insensato amor envanecida:
Si un maldiciente osaba disfamarlo,
La indignacion violenta me inflamaba;
Hoy mismo entre el dolor y los agravios,
Á pesar mio y criminal, gozaba
En el placer de verle; y él bastardo,
Olvidando la llama vividora
Que en mi pecho encendió, solo ha intentado
Con virtudes ingratas deslumbrarme.
Ó Naxilia, ocultarte no me es dado
La turbacion horrible que me agita;
Mas yo me libraré del fuego insano
Que así se opone á mi virtud y gloria,
Y destruye maligno mi descanso.

# ACTO QUINTO.

## ESCENA I.

GALÉRIA, NAXILIA Y *por otra puerta* SERVIO.

GALÉRIA.

Llegad, llegad, ó Servio, que tardía
Vuestra anhelada vuelta me inquietaba.
¿Cuál se mostró el egército á mi padre?

SERVIO.

Jamas, jamas en alegría tanta
Se le oyó prorumpir en dulces vivas:
Todos ansiosos á una voz le aclaman.
En vano probó hablarles Maximino.
Pues las fervientes voces no calmaban,
Y el llano resonante ensordeciendo,
De poder ser oido la esperanza
Le robaron. Mas luego vuestro padre,
Que desde su salida de este alcazar,
Parecia formar algun proyecto
Que sus sentidos todos embargaba,
En un corto momento favorable
La voz augusta plácido levanta:
Todo es silencio al punto, las legiones
Numerosas nos cercan, todos ansian
Escuchar sus mas mínimos acentos:
En los viejos soldados se mostraban
Enternecidos los alegres ojos
En lágrimas de gozo, sin que osaran

Interrumpir ni aun con el solo aliento
Á su antiguo Señor que les hablaba.
¿Mas como os refiriera la elocuencia
Que en raudal copiosísimo manaba
De sus labios? La hermosa primavera
Brotando flores no es tan variada;
Ni tan fecunda la serena noche
Mostrando las estrellas argentadas
De su extendido seno, cual parece
Este nuevo Nestor en sus palabras.
Él les presenta los antiguos triunfos
Con que un tiempo sus nombres realzaban,
Y las fieras naciones belicosas
Á su brio impertérrito humilladas,
En pos les habla del feroz Licinio,
Que hollando pactos con osada planta,
Así contra el imperio sorprendido
Los brazos todos de occidente armaba,
Y en la alevosa union de Constantino
Las provincias soberbio encadenaba.
Tambien les representa los ultrajes
Con que insultaron su vejez cansada,
Llevando su despótica soberbia
Á su tranquilo y olvidado alcazar.
Del gran Galério la infeliz viuda,
Á su valor de nuevo confiada
Tambien les mienta, á vuestro nombre augusto
Otra vez de sus *vivas* y alabanzas
Las cóncavas alturas resonaron.
En tanto Maximino procuraba
Su discurso seguir, y revestirle

La púrpura que ya se desnudaba:
Mas vuestro padre en tono de firmeza,
Aunque con baja voz y recatada:
»Suspéndete, le dixo, ó Maximino,
»La mitad de tu oferta está aceptada:
»Verme entre mis antiguos compañeros;
»Hablarles del valor y la constancia
»Que el imperio les pide fue mi intento;
»En tu empeño no insistas mas, pues nada
«Conseguirás, sino ostentar al mundo
«Tu ingratitud á un pueblo que te ama.«
Dijo, y sus brazos paternales tiende
A los soldados que á sus pies se lanzan,
Y de todos lloroso se despide
Por la postrera vez; mas no se apartan,
Ni le dejan los gefes que le siguen,
Y á su vuelta leáles le acompañan.

GALÉRIA.

¡Ah! vuestra relacion, mi caro Servio,
¡Cuanto consuelo! ¡qué placer me causa!
Perdona, ó Diocleciano, si yo pude
Dudar de las virtudes de tu alma.
Mas decid, Maximino, ¿cual se muestra
De mi padre en la escusa reiterada?

SERVIO.

Al principio la afrenta y el despecho
Su semblante confuso coloraban;
Pero despues no pudo resistirse,
Y la ternura universal le arrastra,
Cuando el amable y triste Diocleciano,
Al despedirse en su vejez cansada

Parecia marchar á los Eliseos....
Mas ved á Maximino, aun acompañan
Sin duda á vuestro padre, y le detienen
Los molestos soldados. ¡Cuan estraña!
¡Qué indiscreta amistad! Voy á librarle
De la importunidad mas obstinada.

## ESCENA II.

GALÉRIA, NAXILIA Y MAXIMINO.

MAXIMINO.

La odiosidad mas fiera he trasmitido
Á el laurel imperial, pues desagrada
Tanto como á vos misma á vuestro padre.
Los Dioses se complacen y se agradan
En ver á Maximino importunando
Á vuestra sangre toda: ya anunciada
Os sería la escusa desdeñosa
Del padre ingrato de Galéria ingrata.

GALÉRIA.

¿Por qué nos prodigais tan fieros nombres?

MAXIMINO.

Por contemplar á vuestros ojos grata
La ingratitud, y hermosa.

GALÉRIA.

¿Tan absurdos
Fueran mis ojos, que hermosura hallaran
En tan horrible cualidad, oprobio
De los humanos?

MAXIMINO.

Vuestra faz tornadla
Á lo pasado, y ved á Maximino
Pavesa de la mas violenta llama,
Que jamas han lanzado á un triste pecho
Los Dioses en su cólera irritada:
Mi triste fallecer es vuestra dicha,
Y en vano la piedad os demandaba:
Por vos lo olvido todo, desoyendo
La gloria y la victoria que me llaman,
Cuando Licinio en el helado Norte
De sus confederados se separa:
Al clamor de mi egército ensordezco,
Que me quiere alcanzar las dulces palmas
Del vencimiento: lo desprecio todo,
Solo mi ciego amor es mi esperanza.
Y vos en tanto, cual si mis tormentos
Sobre vuestra cabeza descargaran
Su rabia, cual si vuestras crueldades
Contra mí injustamente os irritaran,
Cual si yo fuese el criminal y el fiero,
Y vos la triste víctima inmolada,
Me condenais cruel, inexorable,
Huyendo para siempre de mi alcazar.
Yo rompí en mi furor los fieros lazos
Con que Himeneo á Julia me ligaba...

GALÉRIA.

¡Ah! ¿qué decís? Señor, ¿la triste Julia
Á tanto deshonor fue abandonada?

MAXIMINO.

Vos, que impediste compasiva y tierna

Su divorcio, causasteis su desgracia
Con vuestra fuga, y la afligida muerte
Que le dieron sus iras enconadas.

GALÉRIA.

¡Ó crímen, ó dolor! ¿y que mis manos
En la sangre de Julia estan bañadas?

MAXIMINO.

No así en remordimientos infundados
Os agiteis: Si la inocente causa
De su desgracia fuiste, ¿dó está el crímen?
¿Por qué tanto su muerte así os exalta,
y la de Maximino os lisongea?

GALÉRIA.

Los Dioses, que penetran nuestras almas,
Saben que vuestros males me han pesado;
Mas la augusta virtud con vos sagrada,
Con vos irresistible me decia
Que os huyese continuo, y respetara
Á vuestra esposa, y su funesta sombra
Hora me seguirá pálida, airada,
Y vengativa, y hasta despeñarme
En el hondo sepulcro, ya aplacada
No la veré; mas fiera, demandando
Su vida, su diadema arrebatada.
¡Ah Señor! ¿qué habeis hecho?

MAXIMINO.

No, Galéria,
No en el horror os pierdas. ¿Qué ignoradas
De vos misma seran vuestras virtudes,
Vuestra amistad por Julia, sola causa
De conservarla en su elevada clase :

Cuando el destino de ella la apartaba,
Y las Deidades mismas la excluian
Con la esterilidad de sus entrañas,
Y el hijo de Citeres traspasando
Mi pecho con sus flechas detestadas
De inmundo plomo? Pues, sabed, Galéria,
Sabed en tanto que murió vengada.
Ella invocó á Licinio y Constantino,
Y astuta en su querella los inflama.
Por ella los mas fuertes campeones
Huyen de mis egércitos, y pasan
Alevosos al pérfido enemigo
De oro cargados, de odios y de saña.
Mis tropas atrayendo seductores,
Y en la funesta y mísera jornada
De *la Serena*, con infandos brazos
Asesinaron á su madre patria,
Y aun amenazan nuestros tristes restos.
Galéria, ved si es grande su venganza,

GALÉRIA.

Pues, Señor, olvidad amor tan triste,
Que los Dioses detestan y contrastan.
Yo veo que Galéria, mas que á Julia,
Al imperio y á vos ha sido infausta.
Aborrecedla.

MAXIMINO.

¡Qué decis, Señora!
¿Que os aborrezca mi sensible alma?
El destino soberbio y poderoso,
Que abate á su capricho, ó que levanta
Los imperios diversos, y del mundo

Todo el aspecto á su placer lo cambia,
Que hasta el alzado Olimpo audaz se eleva,
Allí dando sus leyes soberanas
A las fuertes Deidades inmortales,
Ese destino que aun á Jove apaga
El ardoroso rayo de su diestra,
No puede separar de mis entrañas
Este fuego inmortal que es mi delicia
Y mi tormento; que mi infierno causa,
Y me consuela de mis males todos;
Así como á triunfar tampoco alcanza
En vuestro duro pecho impenetrable
Del hielo horrible que á mi amor le guarda

GALÉRIA.

¡Que mal, Señor, conoces á Galeria!
Sabed que si el destino de que hablabas
Hubiese reunido en lazo estrecho
Sin deshonor, sin crímenes ni manchas
Nuestros dos corazones, yo gozosa
Le hubiera bendecido.

MAXIMINO.

¡Qué palabras!
¡O Dioses! ¿será cierto lo que escucho?
¿La celestial Galéria, si ayuntada
Hubiese sido á mí, me hubiese amado
Con ese corazon y esas entrañas
De virtud, de ternura y de inocencia
Que obtuvo de los Cielos, y olvidada
De mis persecuciones, solo atiende
A mi amor infeliz y á mis desgracias?

GALÉRIA.

¿Pues vos olvidariais generoso
Los males que mi amor funesto os causa,
Y yo tan vengativa y rencorosa
Mis pasadas molestias no olvidara?

MAXIMINO.

¡Ay Galéria! ya estoy, ya estoy vengado
De todas mis derrotas desastradas,
De los rigores todos de los hados.
¡Ó cual agitan mi dichosa alma
En júbilo y ternura tus acentos!
Pues ah, mi gloria hasta el Olimpo alzadla,
Subid conmigo al trono, y poderosa
Divinizad mi vida desgraciada.

GALÉRIA.

Vuestra dicha, Señor, mi dicha fuera,
Pero tristes me aterran y me espantan
Las sombras de mi esposo y de tu esposa.

MAXIMINO.

Mi esposa, ya os lo dije, está vengada.
El vuestro ¿no estaria satisfecho
Despues de un lustro de viudez amarga?

GALÉRIA.

¿Y en el gozo nupcial alegre y ciego
Olvidareis el riesgo que os amaga?
¿Y así entre los placeres de Himeneo
Del fiero Marte irritareis la saña?

MAXIMINO.

¡Ah! mi dicha suprema es obteneros.
Si este infeliz vencido por las armas
Del odioso Licinio, y ultrajado

Por tanto crímen, por desgracia tanta,
Aun puede ser amado de Galéria,
Yo abandono la púrpura preciada
Á un corazon hidrópico de honores.
Huyamos á una aldea solitaria,
Á una aldea pacífica, inocente,
Madre natura y el amor nos llama
Con la copia feliz de sus placeres,
¡Dulce tesoro de las tiernas almas!
Vuestro padre buscó la paz hermosa
De la vejez en la estacion helada;
Mas nosotros ¡ó cuanto gozaremos
Entre las flores de la edad lozana!
¿Qué respondeis, ó celestial Galéria?
Vos pareceis confusa y sepultada
En la meditacion; ¡ah, dadme, dadme
La suprema ventura!

GALÉRIA.

Contrastada
Entre opuestas pasiones me confundo.
¿Qué me aconsejas, ó Naxilia amada?

MAXIMINO.

Ved bien que la decís. (*suplicante*)

NAXILIA.

Á vos, Señora,
Y á Maximino los inciensos cansan.
¿Por qué tan temerosa huis la dicha
De una vida feliz, y consagrada
A los amores?

GALÉRIA.

¡Ah que no es posible!

Maximino, tu gloria me es muy cara.
Desamparando el desgraciado imperio,
Y al infeliz egército que os ama,
Y que aun podeis salvar de su ruina,
De una sombra os cubris, que oscura infama
Vuestras virtudes todas. Tu enemigo
Al punto en fiero orgullo se animara,
Y agitando sus huestes numerosas,
Se viera de la patria abandonada
En breve espacio vencedor ímpune;
Y corriendo sangriento á tu morada,
Envidioso rival de nuestra dicha,
La muerte ó las cadenas te llevara.

MAXIMINO.

¡Con qué importuna luz herís mis ojos!
Mas yo juro, Galéria, por la patria,
Y juro por los Dioses inmortales
Rechazar á Licinio: sí, lo manda
El honor, la virtud, y mi amor mismo,
La pública salud.... Al punto que haya
Asomado la Aurora en el Oriente
Del Tauro iluminando la ancha falda,
Llevaré mis legiones á su campo.
¿Qué podrá él oponer á tanta saña,
Á tantos odios, á tan negras furias
Que mi indignado corazon inflaman?
Le venceré: si hoy mismo le he llamado
A la sangrienta lid. que fue evitada
En mengua suya, de mi ciego arrojo
Mañana no ha de huir. Mas ah, ¿premiada
Mi pasion será entonces, cuando torne

Mi..en en la victoria coronada?

GALÉRIA.

Vencedor ó vencido, será siempre
Vuestro, mi corazon, pues de mi llama
Ya me dejo incendiar, y ya me entrego
Toda á solo premiar vuestra constancia.
Huid, remordimientos incansables.
Mas ved, Señor, que quien prudente ama
Vuestra gloria, tambien vuestra existencia
Desea conservar. Señor, libradla,
Libradla del horror de los combates,
Conservadla benéfico á la patria,
Ved que sin ella al punto pereciera.

## ESCENA III.

MAXIMINO, GALÉRIA, NAXILIA Y ARICIO.

ARICIO (*furioso.*)

Ven, Maximino, que la muerte os llama.

GALÉRIA.

¡Ay Dioses, qué escuché!

MAXIMINO.

Mas ¿que pronuncias?

ARICIO.

Que vengas á morir, pues ya no os guarda
El destino esperanza de victoria.
Mientras á Diocleciano acompañaban
Los gefes del egército, Licinio
Se ha arrojado, robándole las alas
Á el aguila y al rayo, y sorprendiendo

Vuestros soldados, que en horror se pasman
Al verse de sus gefes separados,
El miedo los confunde y desbarata;
Y en deshonor universal, ninguno
Osa mover la diestra amedrentada,
Y mueren como víctimas cobardes.

MAXIMINO.

O Licinio, si yo con esta espada
Tu pecho infame penetrar consigo;
Si destrozo tus bárbaras entrañas,
Aunque pierda la vida y los amores,
Y aunque sucumba la espirante patria.

## ESCENA IV.

CALÉRIA Y NAXILIA.

GALÉRIA.

¡Cual va gritando destruccion y muerte
Su semblante, Naxilia! ¡Cual le arrastra
El bárbaro destino al precipicio!
¿Quien puede ya su vida desgraciada
Escudar, si sus tropas le abandonan,
Y los airados Dioses de él separan
Su poderosa egide?... Amiga mia,
¡Ay que va á perecer!... Yo le adoraba,
Yo le adoraba, y su desgracia he sido.
¿Quién me podrá salvar de entre las garras
De tan fiero dolor?... ¡Ó si aun venciese!
Yo con mi sangre toda le comprara
La victoria. (*pausa*) ¿Mi padre habeis oido

Si Aricio le nombró?

NAXILIA.

Tambien turbada
Sus razones perdí: no lo recuerdo.

GALÉRIA.

¡Ah Cielos! en torpeza y vejez tanta,
Cuando ya no ha llegado á este palacio,
¿Cual puede ser su suerte, dí? Me faltan
Mis fuerzas. ¡Qué presagios tan horribles!
¡Ó infeliz padre! en vano deseabas
En tu decrepitud la paz tranquila;
Un destino enconoso te guardaba
Morir en los horrores de un combate,
Tus miembros arrastrando en las pizarras,
Y en el horror del mísero abandono;
Moristes cual tu esposa desgraciada.

NAXILIA.

¿Por qué os forjais los males? Vuestro padre
No tardará en volver, ya se acercaba
Á este alcazar. ¿Iria temerario
Á buscar el furor de la batalla?

GALÉRIA.

Mas ¿como si es asi, ya no ha llegado?
¡Ay Naxilia! su muerte es su tardanza:
Mi desolado corazon lo afirma.
¿Y esto han sido las dulces esperanzas?
¿Y esto ha sido la plácida alegría
Que un momento anterior me recreaba?
¡O negro dia de dolor y angustia,
Del Averno evocado, y de sus rabias,
De su furor henchido! Tú coronas

Con impulso cruel mi vida amarga.
Ya la afligida y mísera Galéria
Sin amores, sin padre, abandonada
A las inmundas furias del tirano,
¿A dónde llevará su débil planta?
Sombra preciosa de mi augusta madre,
Si mi dolor presencias, si acompañas
A esta hija infeliz cual le ofreciste,
Inspírale piadosa la ignorada
Senda de la salud: no me abandones,
Que mis ojos se anublan, ya me falta
La clara luz del sol, ya se apoderan
Las furias de mi sangre, y mis entrañas.

NAXILIA.

No os entregueis, Señora, á tal despecho.
Llamad vuestra razon que os desampara.
Ved que el solo temor es el que os hiere,
Pues que los Dioses y el destino aun callan,
Y quizá vuestra dicha esten formando.
La desesperacion cobarde infama
Las virtudes hermosas é inflexibles,
Que un tiempo en vuestro pecho se albergaban,
Cuando insultabais las desdichas todas.

## ESCENA V.

GALÉRIA, NAXILIA Y SERVIO *con un puñal ensangrentado.*

SERVIO.

Huid, triste Galéria y desgraciada,

Del oprobio fatal de vuestra suerte.
Licinio es ya señor de estas comarcas;
Ya la patria no existe, y ya cayeron
Sus hijos todos sin poder librarla.
Algunos infelices escaparon,
Mas el gran resto ya en el polvo calla.

GALÉRIA.

Mas decid, ¿Maximino y Diocleciano?

SERVIO.

No querrais saber mas, Galéria, basta:
Harto os he dicho, y aun podeis salvaros
Mientras que el enemigo acaso para.

GALÉRIA.

No, que quiero apurar las hondas heces
De la copa fatal, que me prepara
Mi destino.

SERVIO.

El violento Maximino
Ha querido su muerte; atroz se lanza
Seguido solo del leal Aricio,
Rompiendo escudos y tronchando lanzas.
Cual violento huracan en bosque espeso,
Así penetra por la fuerte guardia
Del tímido Licinio, á quien llegando
Con su brazo impertérrito amagaba,
Mas fue volcado en el instante mismo
Por rayos mil de acero, que traspasan
Su fuerte pecho y el del triste Aricio;
Y los dos á la par la vida exhalan.
Vuestro padre.... mas no.

GALÉRIA.

Decid, que aun fuerte
Mi espíritu me asiste.

SERVIO.

Ya llegaba
Á este palacio, mas celoso quiso
Animar los soldados que se hallaban
En desórden fatal. Un vil liberto
De Licinio avariento codiciaba
El premio, que á su muerte prometia
Su bastardo Señor, y aleve clava
Con brazo parricida aqueste acero
En su indefensa y sorprendida espalda.
En vano presto á desclavarlo acudo,
Pues al querer nombraros, triste lanza
Su postrer vida en su postrer lamento.

GALÉRIA.

Dadmele, Servio, que á mi dicha basta. (*se lo quita*)

NAXILIA.

No se lo deis. (*á Servio*) ¿Qué intentas? (*á Galéria*)

GALÉRIA *huyendo.*

No, dejadme
Huir la tiranía y la desgracia.

NAXILIA *siguiendola.*

Esperad.

## ESCENA VI. (*)

SERVIO *solo.*

Sujetadla y detenedla

(*) *Se oirá una caida.*

¿Cómo pude soltar el arma infausta?

## ESCENA VII.

SERVIO Y NAXILIA.

NAXILIA.

¡Qué horror! El corazon se ha traspasado.

SERVIO.

¡Dia de horror!... ¡Ó bárbaras desgracias!

## FIN.